

mentarias y no hemos querido citar la autoridad divina del Antiguo Testamento, porque todo lo hemos querido reducir al testimonio patristico y apostólico en el período del nacimiento y desarrollo de la Iglesia, y de las luchas en la extensión y pureza de la doctrina. No hay duda, que la Iglesia Cristiana primitiva, celosa del cumplimiento del deber sagrado, mantuvo la sencillez en el culto, la solemnidad en las formas y el respeto esmerado a los mandatos divinos.

Esta influencia se caracterizó en los padres de la Iglesia, y solamente cuando entró la influencia corruptora del paganismo, comenzaron a debilitarse los obispos medrosos y el clero oportunista, dando paso a la corriente de influencia pagana, manifestándola en el lujo, el arte y la vanidad, con propósitos de atracción, pero no de legítima y pura adoración a Dios. Es ésta la misma tendencia de hoy. Por eso nada más lógico y justo que de vez en cuando echemos una ojeada a los anales de la historia, aquilatemos el testimonio de sus heraldos para que, buscando la pureza de la doctrina, conozcamos la divina autoridad que la informa y los fundamentos sobre la cual descansa.

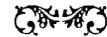
No hay duda que Roma, con el culto a las imágenes, peca de **superstición** y de lo que es más triste todavía, **de idolatría**, limitando el nombre incomunicable de Dios a la forma escultórica y pictórica del hombre; y lo que fué usado, como dijo el Arzobispo Agobardo, **“como un ornato para agrandar la vista, no para instruir al pueblo,”** ha resultado hoy un culto donde se confunde la majestad de Dios, la sublimidad de Cristo y las virtudes de los hombres, desviando al creyente sencillo de los rectos caminos de la presencia de Dios. Y la ceguedad espiritual llega a tal extremo, que cuando pregunta el salmista: **“¿Dónde está su Dios?”** el evangélico cristiano responde: **“Nuestro Dios está en los cielos;”** en cambio, ellos tienen que señalar a la obra del hombre y lo dan a conocer por medio de signos externos y de obras de arte, y nos señalan las cosas y los objetos y hacen que el mismo salmista diga: **“Sus ídolos son plata y oro, obra de mano de hombres. Tienen boca, mas no hablarán; tienen ojos, mas no verán; orejas tienen, mas no oirán; tienen narices, mas no olerán; manos tienen, mas no palparán; tienen pies, mas no andarán; no hablarán con su garganta. Como ellos son los que los hacen.”** (Salmo 115:3-8.)

Y finalmente, para que se consulte, queremos hacer referencia a lo que dice 2º de Reyes, capítulo 18: **¿Qué cosas hizo el Rey Ezequías delante de Dios semejantes a las de David su padre, que le merecieron aprobación?** El texto sagrado responde a la pregunta diciendo: **“Hizo lo recto en ojos de Jehová conforme a todas las cosas que había hecho David, su padre. El quitó los altos y**

quebró las imágenes y taló los bosques e hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban perfumes los hijos de Israel.”

Los tradicionalistas, los que rinden culto a las cosas viejas, ¿no ven en este pasaje y en esta cita contra las imágenes, la actitud de un rey temeroso de Dios y fiel cumplidor de sus deberes sagrados? Hasta la misma serpiente de metal que Moisés había levantado en el desierto, fué necesario quebrarla para que no ofendiese a Dios y se profanase el culto divino quemándole incienso a la obra del hombre, cuando es deber sagrado adorar única y exclusivamente a Dios. Así habla la historia; eso testifican los hechos. ¿Qué dicen, pues, contra los hechos y la historia, los que quemaron incienso en los altares de hoy y se postran ante las obras de los hombres?

Mayagüez, P. R.



LA FRIVOLIDAD.

Por Angel M. Mergal.

“Epoca de los Arbitristas” hubiese llamado el glorioso autor del “Coloquio de los Perros” al actual momento en la historia de nuestra patria. Tal como en el discurso de Azorín a sus admiradores de Elda, los falsos doctores levantan atronadora gritería al diagnosticar y proponer remedios a la grave enfermedad de nuestro país. Mientras y a pesar de los sesudos (?) esfuerzos de los “arbitristas,” el pueblo persiste en su progresiva degradación, tal como en el “capricho” del genial Goya, donde un asno, disfrazado de galeno, toma el pulso de un enfermo, que evidentemente empeora, y se pregunta de qué mal morirá. Si “el médico es excelente, meditabundo, pausado, serio, ¿qué más hay que pedir?” se pregunta a su vez el gran humorista.

A riesgo de ingresar en la cofradía de los asnos-doctores, diré que parece advertir, tanto en los “arbitristas” como en el paciente, un indicio, que a no ser causa común, será, por lo menos, síntoma o índice de nuestra enfermedad colectiva: frivolidad en el juicio, en el sentimiento y en la acción.

Nuestro pueblo no alienta una inquietud tenaz y trascendente que sature toda su vida emocional, mental y motora. Y aun los “arbitristas,” cuando una manifiesta apariencia de alacridad de espíritu llamada inquietud política, moral, o intelectual, les caracterice ante el público como doctores “excelentes, meditabundos, pausados, serios,” no bien regresan a su camarín, arrojan aquello, antifaz del tablado, y vuelven al usual y dulce vaivén de nuestra egolátrica dejadez tropical.